



GANADOR
V CERTAMEN LITERARIO EN ESPAÑOL
El Quijote y la mujer africana
Octubre 2016

PREMIO CATEGORÍA ESPAÑOL UNIVERSIDAD: Abdoulaye GUEYE

La escalofriante historia de Aminata

Diez años después, cuando menos lo esperaba, la imagen de esa entregada y brava mujer me regresó como si fuera solo ayer. Tengo que confesarles de antemano, queridos lectores, que su historia es bastante conmovedora. Aminata, mujer de media estatura, ni delgada, ni gorda, mejor dicho rellenita, era, desde mi punto de vista, una de las personas más libres de aquel lugar arrinconado de cuyo nombre no me acuerdo. Solo recordaba las tres primeras letras, Bay.... En cualquier caso, esto importaba poco. Era un pueblo tranquilo, alejado del tedio y del aburrimiento. Decía la gente que aquel sitio era una bendición de Dios para sus ocupantes. Todo parecía tan nuevo que para designar los objetos, los señalaban con el dedo.

Cada día reinaba una imagen tan bonita. De lejos, uno percibe las cabras que están rumiando tranquilas entre las hierbas y unos cerdos restregándose contra las vigas. Aminata vivía súper feliz con su marido en su modesta casa hecha de barro. Ese último era hombre demasiado bajo, lo cual desencadenó algunas bromas. En su rostro medio redondeado destacaban unos grandes ojos que ocultaba detrás de unas gafas cuyos cristales descuidaba. Solía vestir de manera informal, con ropa de segunda mano, pero

no le faltaba elegancia. Al marido de Aminata, le pintaba como alguien muy generoso, siempre dispuesto, a la manera de un caballero andante, como el insuperable don Quijote, a brindar su apoyo, incluso cuando no se le había pedido. Aminata llevaba al lado de su esposo una vida que le envidiaba un número cuantioso de aldeanos. Por desgracia, dicha existencia iba a tomar otro cariz. Un día, marcado por algo de sol y un poquito de sombra, era un domingo, si mal no recuerdo, Aminata iba a recibir la noticia que cambiaría por completo su vida. De la noche a la mañana, se encontró viuda y se vio obligada a sacar adelante sola a siete niños, dos varones y cinco mujeres. Mamadou era el primogénito y tenía unos veinte años. Eran niños mimados y el menor empezaba trabajosamente a dar los primeros pasos. Andaba y caía, pero sin descanso se ponía en pie. Aminata, a partir de ese acontecimiento inesperado, tuvo que conformarse con otro tipo de vida. Cada día, desde los primeros cantos del gallo, se levantaba para ir al pozo del pueblo que se hallaba a unos dos kilómetros. Era imprescindible que se fuera por agua a esa hora ya que muy tempranito el pozo estaba lleno de gente. La joven viuda era consciente de la difícil labor que era su pan de cada día, ir a buscar agua, hacer desayunar a sus hijos después de afeitarnos, partir al mercado para vender algunos productos que procedían del campo de su fallecido marido y volver para preparar los deliciosos manjares de los cuales tenía el secreto. De verdad Aminata representaba la genuina mujer africana, muy trabajadora y cariñosa. Iban pasando los años y sus hijos iban creciendo. Mamadou que se parecía a su padre de manera increíble, iba a experimentar una desventura que marcaría otra vez la vida de esa apacible familia. Otra historia escalofriante que me contó un día la mismísima Aminata. “Mi hijo tenía que salir del país por extrema necesidad. Dejó embarazada a la hija de un imán. Se veía con la chica desde hacía dos años y medio. Tanto los padres de la chica como sus hermanos estaban al tanto de la relación. Desgraciadamente, cuando se enteró el padre de lo sucedido, prometió que iba a matarle. Cuando supe lo que había planeado la familia de la muchacha, supliqué a mi hijo que huyera para evitar que le matasen. Se me cayó el alma a los pies, pero no tenía otro remedio que decirle que saliera a toda prisa. Así, se fue a Mauritania. No podía salir de la casa porque no tenía documentación. Estuvo en casa de un hombre que le maltrató, mejor dicho, fue esclavizado allí. Afortunadamente, un cliente del

mauritano, se apiadó de Mamadou y le llevó con él a Marruecos. Casi un mes después, mi hijo logró saltar la valla de Melilla para poder encontrarse en tierra española. Fue acogido por la Cruz Roja que le dio todo lo necesario, mantas y vestidos. Pasó un mes en un centro de acogida antes de ser liberado. Aun cuando Mamadou era un indocumentado, vivía feliz. Los días seguían y se parecían hasta que un día, la policía le cogió cuando estaba paseándose, despreocupado, en las calles de León. Mi hijo y tres de sus paisanos, rendidos hinchas del Real de Madrid, fueron detenidos, puestos en una furgoneta y llevados directamente al aeropuerto de Madrid Barajas para ser repatriados. Así, mi hijo regresó al país tan pobre como había salido de él, viendo su sueño derrumbarse como un castillo de naipes”. A Aminata le costaba mucho aguantar ese otro fracaso del ser que amaba tanto, por eso se quitó la vida. Contaban en el pueblo que aquella mujer que no tenía casi par, llamaba cada día a la muerte, cansada de los implacables golpes que habían marcado su vida. Lo curioso en esta historia es que, según contó su mejor amiga, Aminata no se cansó de recordar a sus hijos como a los seres que la rodeaban, durante su existencia, que el verdadero valor no es nunca caer sino levantarse frente a los golpes que recibimos a diario y que la paciencia era un árbol de raíz amarga, pero de frutos dulces. Parece mentira cómo la vida nos puede, a veces, llenar de sorpresas. Lo que ocurrió a Aminata pilló a todo el mundo de sorpresa y dejó a los más descreídos sin aliento. Y yo personalmente, volví a constatar la veracidad de aquel dicho de César Vallejo “El mundo es un lugar de penitencia con pocas luces de salvación”.